

# SON UNA LAS DOS: MARTÍ, SÍMBOLO DE LA(S) COYONTURA(S) CUBANA

---

**Conferencista:** Carolina Alzate  
**Moderador:** Carlos Jaime Fajardo  
**Relator:** Juan Camilo Brigard

“Martí es un ícono de la coyuntura, un hito de sus incertidumbres, de la relación entre América Latina y Estados Unidos”, con estas palabras, Carolina Alzate, profesora de literatura de la Universidad de los Andes, rescató al final de la noche la importancia de leer al cubano José Martí (1853-1895). Una hora y media antes, en la noche del martes 12 de mayo entramos al salón Séneca de Uniandinos, la inmensa minoría de ocho personas a oír a Alzate –contrincantes del partido de Santa Fe- Estudiantes de la Copa Libertadores que se jugaba a la misma hora. El motivo de la reunión fue el aniversario de los 120 años de muerte del paradójico poeta cubano. Para desarrollar su oximorónica mirada sobre el arte y la política, así como su contrariada recepción en el siglo XX y su latente vigencia con el restablecimiento de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba, Alzate se valió como hilo conductor del verso: “Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche” –con el que tituló la conferencia.

La académica, para introducir a Martí, lo caracterizó haciendo una síntesis entre dos poetas colombianos, José Asunción Silva y Rafael Núñez –haciendo hincapié en que Martí, a diferencia de Núñez, fue un poeta extraordinario como un Jorge Isaacs. Por un lado, comparte con Silva su tiempo, el fin de siglo, es como él “modernista”



latinoamericano, desarrolla la idea del poeta marginado de los centros de poder, en contraposición a una sociedad en la que no engrana, que no le da una función social y que se opone a su actividad creativa. Por el otro lado, incorpora la faceta de un Núñez o Isaacs, un poeta de mediados del siglo XIX, centrado en la política, un poeta civil que habla del colectivo al que pertenece, fundador de la idea de nación y abanderado de la identidad nacional. Esta primera presentación, capta la tensión de opuestos, aparentemente contradictorios, que constituye el personaje de Martí.

A esto le añadió una breve cronología de la vida del poeta, atravesada por su incesante lucha por la independencia de Cuba, que inicio a los 18 años y que lo llevo a prisión (1871); su primer exilio en España como conmutación de su pena; sus estudios de derecho y filosofía; su regreso de incógnito a Cuba para fundar el partido revolucionario (1877-78); su deportación a Estados Unidos y su vida como escritor de prensa exiliado en varios periódicos latinoamericanos (1879-95); sus viajes por América Latina y Estados Unidos en función de un nuevo levantamiento cubano (1893-94); hasta su muerte en la lucha de independencia de Cuba (1895).



Alzate introdujo la recepción de Martí en el siglo XX con imágenes de los diferentes monumentos y estatuas que le han construido en Cuba, en ciudades como Cienfuegos y La Habana. Con ellas, dio lugar a la recepción de Martí como ícono castrista: el mártir revolucionario decimonónico que le dio lugar y que fue revindicado por la revolución comunista del siglo XX. Como su contracara, mostró una pintura en la que Martí es retratado como un dandi en un salón de baile –clara ilustración del esteta, al estilo de sus contemporáneos Wilde, Casal, y Silva. A esta faceta, le agregó la interpretación –antinómica a la anterior– de Martí como ícono del exiliado cubano del siglo XIX, que en el siglo XX reforzará la del exiliado cubano en Estados Unidos, y que encarnará el símbolo del fracaso de la revolución de izquierda.





Después del recorrido por la vida y la recepción de Martí, Alzate entró en detalle sobre ciertos fragmentos representativos de su obra, fragmentos que evidencian la tensión paradójica y a la vez constitutiva de su visión del arte y la política. El primer texto que presentó fue la crónica “Oscar Wilde”, sobre la conferencia “*The English Renaissance*” [“El renacimiento Inglés”] que el escritor Irlandés dictó en Nueva York y a la que Martí asistió en 1882. La crónica, además de ser posiblemente la primera aproximación a Wilde en el mundo hispanoparlante, y de haber sido escrita antes de que fuera un escritor consagrado, expresa una noción crítica sobre el uso del lenguaje y de las influencias extranjeras en la literatura. Por ejemplo, Martí dice que “las fronteras de nuestro espíritu son las de nuestro lenguaje”, algo muy similar a lo que dirá uno de los filósofos del lenguaje más influyentes del siglo XX varias décadas después<sup>1</sup>. Una noción que se separa de un purismo del lenguaje –como contraejemplo Alzate citó el lema de la RAE, que “limpia, fija y da esplendor” y a su contemporáneo colombiano, Miguel Antonio Caro –, en la que la alteridad, lo extranjero, lo otro, lejos de contaminar y pervertir la naturaleza de una lengua, enriquece y ensancha los horizontes de la misma. De manera similar, el escritor cubano habla de la influencia de la literatura extranjera, pues “conocer diversas literaturas es el medio mejor de libertarse de la tiranía de algunas de ellas”. Todo lo anterior es aún más significativo, si se entiende en perspectiva la relación antinómica que tiene, por ejemplo, con la recepción de Martí como ícono de la revolución castrista y lo que esta institución llegó a representar.

Pues es la misma idea de libertad del pensamiento y del lenguaje que Martí admiró en Wilde y su conferencia sobre los prerrafaelitas, la que la revolución cubana censuraría en los setentas –en la llamada “década negra” – y a la que la siguiente cita

---

<sup>1</sup> Compárese el siguiente aforismo del *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein: “Los límites del lenguaje significan los límites de mi mundo” (5.62)



de él le aplicaría: “Tenían [los beneméritos prerrafaelitas / las juventudes cubanas] lo que los ingleses [/ los “revolucionarios cubanos”] no perdonan jamás que se tenga: juventud, poder y entusiasmo”. Un entusiasmo que es claro en la idea de la libertad del lenguaje y la literatura de Martí, y que estaría en abierta contradicción con la censura literaria ejercida durante los setentas por la institucionalizada revolución cubana, que promovía exclusivamente un realismo socialista –paternalista, desprovisto de crítica, sin experimentación, una literatura didáctica, ortodoxa de acuerdo a los principios del partido. El valor crítico y actual de la crónica se agudiza –Alzate señaló– cuando además se concibe la persecución de homosexuales por parte del régimen castrista, contrapuesta al interés de Martí en la homoerótica integridad del estafalario dandi irlandés, que lo llevó a exclamar: “¡Ved A Oscar Wilde! No viste como todos vestimos, sino de singular manera (...) Brilla en el rostro del poeta joven honrada nobleza (...) Tiene respeto a la alteza de sus miras, e impone con ellas el respeto de sí”. Valga la pena recordar que Wilde, a partir de 1895 –el año de la muerte de Martí– sería encarcelado durante dos años por “ofensas homosexuales”, para caer en la ruina económica, vivir de la caridad de sus amistades, exiliarse y morir en París en 1900.

Otro de los textos comentados por Alzate fue “Nuestra América”, tal vez el ensayo político más emblemático del autor cubano. Éste parte de la clara oposición a la América sajona, en el que el poeta manifiesta su preocupación frente al imperialismo estadounidense, que ya da visos de un gran hermano que lejos de darle una mano y luces a su hermano menor, pretende por el contrario abusar de él y explotarlo. Martí separa las dos américas como radicalmente distintas y hace un llamado a la unión y al fortalecimiento de Latinoamérica, a la que ve aldeana y provincial, fracturada y descompuesta por los órdenes todavía coloniales. Una Latinoamérica que ignora los “gigantes que llevan siete leguas en las botas” y que en cualquier momento podrían ponerle la bota encima. Asimismo, la académica señaló la lectura novedosa de Martí, que tendría apogeo en el siglo XX, de una crítica a las nociones de *civilización* y *barbarie* como herramientas de colonización y poder. Dice Martí en “Nuestra América”: “No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza”; una idea que también está latente y desarrollada de manera más elocuente en el candente debate que Martí sostuvo con Domingo Faustino Sarmiento en el *La Nación* de Buenos Aires: “pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre de los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea”. Alzate mostró la consonancia entre estas ideas, a manera de antecedentes de los estudios poscoloniales contemporáneos, como los desarrollados por Homi K. Bhabha.



La académica retomó el título de su presentación “Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche” para cerrar la charla. Para interpretar el verso, se la valió de los poemas “Hierro” y “Canto de otoño”, tomados del poemario *Versos libres* (1882), en el que el poeta es atraído por “oscuras tardes” y la patria aparece como “dilatada sombra”. En los dos poemas la noche y la patria son asociadas de manera ambivalente, por un lado exponen el pesimismo y el tormento de la soledad del poeta exiliado, que espera la muerte; y por el otro el recuerdo cálido de la familia, la añoranza de la fauna y la flora cubana que habita en el recuerdo. Por último, conectó los motivos de los poemas anteriores con “Dos patrias” –el que le dio el título a la charla. En este poema, de manera similar, la noche está marcada otra vez por el insomnio, la muerte, el silencio, en la ausencia de la otra patria, Cuba, la “viuda triste”, la patria feminizada del poeta que es madre y esposa, su tierra ausente.

A partir de las preguntas del público, Alzate reiteró la importancia de Martí y sus dos caras. Pues considera al autor y su obra una clave interpretativa para la reconstrucción del nuevo tejido que se está volviendo a formar en Cuba: tanto porque ilumina la contradicción de las interpretaciones del siglo XX, como los antecedentes de su problemática. E igualmente, para bien y para mal, los puntos ciegos de su momento y los que habrían de porvenir: el paternalismo de la revolución, la noción que concibe al hombre natural como bueno, inteligencia superior premiada del hombre letrado; la persecución de homosexuales en la revolución cubana cuando a la vez Martí se interesó en Wilde; la libertad en la literatura de Martí contrapuesta a la censura literaria de los setentas por el régimen castrista y a promover unidimensionalmente un realismo socialista; así como apropiación crítica de lo extranjero, en lo que podía valorar y a la vez rechazar. Como conclusión, de las continuas aporías de interpretar la política y la estética de Martí, de interpretar su obra y su recepción, quedó clara la respuesta a la pregunta retórica que abre el poema “Dos patrias”: “¿O bien son una las dos?”

